



ROSA DE DIEGO:

Del colonialismo al nacionalismo: el modelo de Quebec

110

Resumen: El colonialismo genera una relación de control política, económica, social y cultural, del pueblo dominador y poseedor, frente al dominado y desposeído. Hasta lo que se denomina el periodo de la revolución tranquila, el universo canadiense francófono era conservador y mantenía la tradición heredada del colonizador. Pero el paso de una sociedad tradicional a otra moderna generará un conflicto de valores y fidelidades, una crisis del patrimonio canadiense-francés. Esto se refleja con nitidez en la literatura y en su evolución: la metamorfosis de la sociedad es también la de la novela. La literatura canadiense francesa se transforma finalmente en quebequense. En el periodo de la Revolución tranquila Quebec vive un gran auge económico y social, y se rechazan radicalmente los antiguos valores conservadores. Se van a producir importantes reformas y modernizaciones en todos los terrenos. Y uno de los conceptos clave será la noción de Estado: se desarrolla y afianza paulatinamente un sentimiento nacionalista, incidiendo, claro está, en el arte. A partir de estos años ya no se habla del pueblo francocanadiense, sino quebequense.

Palabras clave: Colonialismo, Canadá, Quebec, Identidad, literatura, novela, multiculturalismo, nacionalismo, francófonos, anglófonos, revolución tranquila.

Abstract: Colonialism creates a relationship of political, economic, social and cultural control, of the dominant and possessive civilization versus the dominated and dispossessed one. Until what is called the period of the Quiet Revolution, the French Canadian universe was conservative and kept the tradition inherited from the colonizers. But the transition from a traditional to a modern society generated a conflict of values and loyalties, a crisis of French-Canadian heritage. This is reflected clearly in the literature and its evolution: the metamorphosis of society is also that of the novel. The French Canadian literature finally becomes Québec literature. In the period of the Quiet Revolution Quebec experienced a great economic and social boom, and the old conservative values radically rejected. Major reforms and modernization will produce in all fields. And one of the key concepts is the notion of state: it develops and strengthens gradually a nationalist sentiment, affecting, of course, art. From these years on it is not referred as French Canadian people, but Quebec.

Keywords: Colonialism, Canada, Quebec, Identity, Literature, novel, multiculturalism, nationalism, Francophones, Anglophones, quiet revoluti

SEMIOSFERA

Segunda época. Marzo 2014. N°2
www.uc3m.es/semiosfera
eISSN 2341-0728

DEL COLONIALISMO AL NACIONALISMO: EL MODELO DE QUEBEC

ROSA DE DIEGO

Universidad del País Vasco/EHU

Fecha de recibido: 19/10/2013

Fecha de aceptado: 18/11/2013

111

Al igual que Jean-Jacques Rousseau denunciara el escándalo de una sociedad basada en la desigualdad, con la misma claridad y pasión, Aimé Césaire ha acusado al mundo moderno por las barbaridades del colonialismo que, a su juicio, ha sido una máquina destructora de civilizaciones: “Una civilización que se muestra incapaz de resolver los problemas que suscita su funcionamiento es una civilización decadente.” (Cesaire, 1955,7)

El colonialismo puede definirse como la imposición y el dominio de un pueblo sobre otro. Se trata de una sustitución de los estereotipos del país nativo y colonizado por los del colonizador. El colonialismo genera una relación de control, no sólo política, sino también económica, social y cultural, del pueblo dominador y poseedor, frente al dominado y desposeído. Como señala Frantz Fanon, “en las colonias [...] la causa es consecuencia: se es rico porque blanco, se es blanco porque rico” (1970, 9). El colonizado queda expulsado de su espacio y de su historia, privado de sus derechos de nacionalidad.

Para romper esta situación, el colonizado posee dos caminos: “desea ser como el otro o, al contrario, reconquistar todas sus dimensiones que le han sido amputadas por la colonización” (Memmi, 1973,48), es decir, el colonizado bien busca parecerse al dominador, rechazando su yo tradicional, una asimilación quimérica en el marco colonial, o bien afirma su propio yo, intentando suprimirle.

De este modo se plantea la toma de conciencia de una identidad, escondida u ocultada por la dominación extranjera, que se traducirá con frecuencia en una política de soberanía y nacionalismo. Uno de los efectos del colonialismo es, por tanto, la unificación de las distintas poblaciones colonizadas en un combate común de signo nacionalista, que busca defender una cultura oprimida o incluso negada por el ocupante, diluida en el seno de un conjunto más

SEMIOSFERA

Segunda época. Marzo 2014. Nº2
www.uc3m.es/semiosfera
eISSN 2341-0728

vasto. Este nacionalismo liberador, diferente a otro excluyente y dominador, se fundamenta en la historia cultural, lingüística de un pueblo.

Mi artículo va a centrarse en el ejemplo del Canadá francófono. Considero que la sociedad de Quebec es una sociedad colonizada y, al igual que otros pueblos, se ha sentido durante largo tiempo alienada, dominada por el otro, *otro* que, según las épocas, ha tenido rostro europeo y francófono, o americano y anglófono.

Quebec forma parte de la federación canadiense pero sus habitantes sienten que este territorio es más que una provincia. Frente al ciudadano de los Estados- Unidos, que se considera ante todo americano, el pueblo de Quebec es quebequense más que canadiense. Y ello por sus orígenes, porque el Quebec es el único territorio de Canadá en el que se desarrolla una sociedad de origen francés, que le ha proporcionado una coherencia nacional y política diferenciada del resto.

En 1534, recordemos que el explorador francés Jacques Cartier desembarca en la península de Gaspé, habitada por los algonquinos, hurones e iroqueses, y toma la región en nombre de Francia: es la *Nueva Francia*. Samuel de Champlain continúa con los objetivos colonizadores de su predecesor y funda, en 1608, en la orilla norte del río San Lorenzo, en el lugar que los indios denominaban kébec –es decir, estrecho-, la ciudad de Quebec. Esta colonia estaba formada por unos diez mil franceses, procedentes de Normandía y Bretaña, una sociedad homogénea, agrícola, católica y francófona. Estos rasgos permitieron que se formara y fijara el sedimento de una identidad propia de Quebec.

Simultáneamente los ingleses, tras desembarcar del *Mayflower*, en 1620, ocuparon una pequeña franja de terreno alrededor de Boston, que denominaron *Nueva Inglaterra*. Pronto comprenden la importancia del continente norteamericano, y lucharán en la denominada guerra de los Siete Años (1756-1763) contra los franceses hasta vencerles en 1763. Con el Tratado de París se cede el territorio de *Nueva Francia* a Inglaterra, y se convierte entonces, traumáticamente, en la *Provincia de Quebec*. La elite regresa a Francia, pero la población que

permanece en Quebec vive encerrada en sí misma, bajo la tutela británica, aunque el Tratado sí les garantiza el mantenimiento de la lengua francesa y de la religión católica¹.

Una pequeña burguesía favorece paulatinamente el despertar de un movimiento nacionalista que se radicaliza en torno a 1830 y conduce a la fracasada insurrección de 1837-1838. El gobierno inglés firma el Acta Constitucional que divide a Canadá en dos provincias o colonias, el Bajo Canadá, el Quebec actual, francófono, y el Alto Canadá, Ontario, de mayoría anglófona, en un régimen de unión y asimilación. Quebec, en este periodo, descubre simultáneamente tanto su minoría como su especificidad. En 1867 el Acta de América del Norte federa Canadá en cuatro provincias con dos lenguas oficiales (Quebec, Ontario, Nuevo Brunswick y Nueva Escocia).

El sentimiento nacionalista que se va desarrollando se articula en tres ejes: la fe, el cultivo de la tierra y la lengua francesa. Estos factores adquieren su máximo desarrollo en la segunda mitad del siglo XIX, periodo en el que los 70.000 habitantes canadienses francófonos crecen hasta ser un millón y poseen el sentimiento de formar una colectividad muy distinta a la canadiense anglófona.

Quebec es una sociedad heterogénea en la que destaca el mestizaje. En primer lugar entre el blanco y el amerindio, ya que desde los primeros años de la colonización los franceses, al contrario que los ingleses, tuvieron relaciones permanentes, por ejemplo, con los hurones. Cazadores y comerciantes intercambiaron técnicas y los indios les enseñaron sobre todo a adaptarse y sobrevivir a las rudas condiciones climatológicas del espacio. Pero tras la colonización de los autóctonos por los franceses, estos canadienses francófonos fueron a su vez colonizados por los canadienses anglófonos, que habían desarrollado ya sus propias colonias, de manera que en Quebec se han producido distintos niveles y contextos de dominación. Por una parte este colono francés posee ciertos rasgos más americanos que europeos, como su tendencia a la independencia y a la aventura. Resulta indudable y durante mucho tiempo insuperable la herencia cultural francesa, la presencia de esa madre patria de la que Quebec se siente dependiente, como si fuera un simple apéndice, una ramificación. Por

¹ Durante la guerra de Independencia estadounidense, las fuerzas americanas invadieron Quebec en 1775, pero fueron expulsadas un año después. A pesar de que las zonas del sur se convirtieron en territorios estadounidenses en 1783, Quebec siguió siendo una colonia británica.

otro lado, la población francófona de Quebec necesita distanciarse también de la amenaza anglófona y del carácter americano. Las dos guerras mundiales subrayan aún más la oposición entre los ingleses y los franceses. Paralelamente se asiste, sobre todo en el último tercio del siglo XX a una importante afluencia de inmigrantes, unos dos millones, procedentes de muy diversos orígenes. El bilingüismo se verá modificado por la irrupción del multiculturalismo.

La situación de los canadienses francófonos es algo peculiar, ya que como ciudadanos disfrutaban de una gran libertad y sus derechos fundamentales están reconocidos y son respetados. No se sienten excluidos de la historia o de la ciudad, pero no poseen el control de su destino político ni económico. Se trata de una dominación relativa, en cuanto que la colonización genera sobre todo una alienación cultural. Frente al colonizador, el colonizado resiste, vive en un presente de intransigencia respecto a una amenaza permanente, encerrado en sus valores tradicionales, en una reacción de autodefensa y de supervivencia, como medio de salvaguardar la memoria colectiva. *Je me souviens* es el mensaje que se repite en las matrículas de los coches de Quebec. Pero, ¿de qué se acuerda, qué recuerda el habitante de Quebec? El lema ha sido considerado en ocasiones como un recordatorio del origen francés del pueblo canadiense. O de su conquista y colonización. Es sin duda la memoria de un pasado, de su propia historia.

Si hay un tema que siempre se ha vivido de manera dramática a lo largo de la historia de Quebec, es el de la lengua. Quebec es nítidamente francófona y más del 90% de la población habla francés. Sin embargo, este porcentaje desciende a un 20% si consideramos la población total de Canadá. Desde el punto de vista de la lengua francesa, la dominación ha engendrado un bilingüismo en tensión, con sentimientos de inferioridad de colonizados frente a colonizadores y con la permanente amenaza de una asimilación.

A partir de la denominada *Revolución tranquila*, es decir, ese periodo de reformas políticas, sociales económicas, administrativas, acompañadas de movimientos intelectuales y culturales de los años 60, los sucesivos gobiernos han ido concediendo cimientos jurídicos al francés para que adquiriera estatuto de lengua oficial en Quebec y para que fuera la lengua de la comunicación, de la economía, de la educación y la administración.

Pero además la defensa de la lengua francesa ha afectado también al campo de la literatura pues plantea su propia legitimidad. La literatura de Quebec es joven teniendo en cuenta que la primera publicación data de 1837 con la novela de Philippe Aubert de Gaspé hijo, *L'influence d'un livre ou le chercheur des trésors*. La especificidad de esta literatura va a estar intrínsecamente relacionada con su expresión lingüística que define su diferencia y autonomía. La elección de la lengua de la escritura ha provocado numerosos debates y polémicas a lo largo del siglo XIX, entre quienes defendían la escritura en la lengua francesa normativa de Francia, y quienes exigían la autenticidad de la lengua hablada en el territorio canadiense:

Lo que le falta al Canadá, es tener una lengua propia. Si habláramos iroqués o hurón, nuestra literatura estaría aún viva. Desgraciadamente hablamos y escribimos de una manera bastante espantosa, es verdad, la lengua de Bossuet y de Racine. Por mucho que hagamos o digamos, seremos siempre, desde un punto de vista literario, una simple colonia. (Cremazie, 1976, 91)

Este debate continuará durante años, hasta la Revolución tranquila, periodo en el que el *joual*, una forma lingüística oral, urbana, llena de anglicismos, arcaísmos, elipsis y blasfemias. Síntoma de un malestar, de una alineación, la presencia y la irrupción del *joual* es el indicio de una situación de diglosia de la lengua francesa en Canadá. Invade la literatura en los años 60, con la obra *Les Belles-Soeurs* de Tremblay, como síntoma de un malestar, para proclamar que la lengua utilizada hasta entonces en la creación literaria había sido artificial, alejada de la realidad del pueblo de Quebec. La revolución llega a la literatura y el escándalo invade la sociedad del momento. Pero el Quebec popular se reconoce inmediatamente en la obra, que muestra al individuo tal y como es, en su autenticidad. Se trata de un *nuevo realismo*. “J'en parle comme que j'peux”, “Hablo como puedo”, protesta una de las protagonistas, argumentando que como no ha viajado a Europa se ve obligada a esforzarse para hablar correctamente. “Chus pas t'allée en Urope, moé, chus pas t'obligée de me forcer pour bien parler”. La lengua de Quebec no es el francés europeo, y por ello la presencia del *joual* en el teatro, en la literatura, significa eliminar complejos para hacerse un hueco en el mundo. Su origen está, por tanto, cargado de ideología. La legitimación literaria de una lengua devaluada y popular marcaba una voluntad de ruptura con respecto al modelo lingüístico francés y contribuía así a efectuar un replanteamiento profundo de la sociedad francocanadiense, una revolución en todos los ámbitos de la sociedad.

La lengua era el artífice de la revolución, de la rebelión, para efectuar la trayectoria desde lo francocanadiense hasta lo quebequense. La utilización del *journal* es ideológica, contestataria, revolucionaria, una forma de resistencia.

Toda la trayectoria de la literatura canadiense de expresión francesa hasta que se afirma como quebequense, es decir, ni americana ni francesa, es un camino contra la alienación, como consecuencia del colonialismo. Voy a citar algunos hitos para comprender los síntomas de un pueblo colonizado, que se siente sometido tanto a una herencia cultural francesa como a una amenaza americana e inglesa, e ilustrar así la evolución desde la colonización hasta la afirmación de una *quebecitud*.

La primera etapa sería la del género costumbrista del *terruño*, *terroir*, tan de moda en Europa, y que ilustra una visión mesiánica del Canadá francófono. En Quebec este género, desde un planteamiento histórico, ilustra el combate contra todo exotismo, con la presencia de algunos temas recurrentes, como la defensa de la ideología patriótica y nacionalista, la obediencia al padre y la tradición, la ubicación en el campo, el respeto a la religión y el rechazo al progreso. La tradición está idealizada y la única forma de supervivencia y de felicidad se encuentra en el culto a la tierra.

En Canadá, el relato colonial del *terruño*, aunque posee variantes, como el *agriculturismo*, una literatura de propaganda que defiende la salvación económica y social de la raza francocanadiense por la agricultura o la novela de *la tierra paterna*, que plantea el problema de la sucesión en la tierra ancestral, entendida como espacio cerrado y perfecto, frente al peligro de la ciudad.

Sin embargo destaca la *novela de colonización*, que relata el establecimiento de colonos en regiones inexploradas dentro del territorio francocanadiense para fortalecer a esta sociedad. Recordemos que los primeros habitantes de Quebec se habían instalado en las orillas del río San Lorenzo, pero pronto necesitan prosperar y varios grupos de colonos tienen que moverse para conquistar otros lugares y para no tener que emigrar al extranjero, principalmente a los Estados Unidos. Una novela emblemática es la de 1914 de Louis Hémon, *Maria Chapdelaine*, que se convertirá en un *best seller*. Refleja las consecuencias de la colonización francesa y el

sentimiento de dependencia del pueblo de Quebec con respecto al mundo colonizador, idealizándose la tradición, el inmovilismo:

...Hay que permanecer en la provincia en la que nuestros padres permanecieron, y vivir como ellos vivieron, para obedecer a un deseo tácito que se fue formando en sus corazones, que ha pasado a los nuestros y que debemos transmitir a todos nuestros hijos: En el país de Quebec nada debe morir y nada debe cambiar...(Louis Hémon, 1990,195)

Su novedad radica en el hecho de que los personajes por primera vez no son portavoces de una reivindicación ideológica o nacionalista. Se trata sobre todo de una descripción realista, verosímil, de la situación de las familias en los medios rurales y del cambio que se está gestando: esa hipotética huida a la ciudad, a un medio urbano, donde las tradiciones heredadas y los valores del pueblo canadiense francófono pueden desaparecer. Desde su publicación, la novela se convirtió en el símbolo de las virtudes tradicionales de un pueblo “que no sabe morir”. *Maria Chapdelaine* es una novela que cristaliza las expectativas idealistas de la sociedad canadiense francesa, su resistencia a cortar con la tradición y su rechazo al modernismo.

A partir de esta novela se inicia un cambio, que anuncia el final de una ideología conservadora y tradicional, de la exaltación de la fe católica y, en consecuencia, de una estética que había estado protagonizada por el mundo rural. La novela del *terruño* había sido una respuesta del imaginario necesaria, idealizante, redentora, frente a una situación social e histórica de gran tensión. Es una *literatura de colonia* que reivindica ya su patriotismo, la tierra, *el terruño*, la lengua francesa y la religión. Regionalismos, exotismos rivalizan pronto con una reflexión sobre la lengua literaria y sobre el hecho de escribir.

El fin de la mitificación de la tierra coincide con otros síntomas de evolución y de cambio profundo en la sociedad de Quebec, transformada por la incidencia de la industrialización y de la urbanización. Por ello surge un deseo de evasión a la ciudad que coincide con un gran cambio en la novela de Quebec. Ante la llegada de una realidad nueva, urbana e industrial, el género de relatos *du terroir* se desvanece. La novela de la ciudad irrumpe a partir de la crisis económica y su novedad radica en la presencia de un narrador que se sitúa en el interior del tejido urbano. La ciudad se opone a lo rural, y los problemas de los ciudadanos

se encuentran en la masiva huida del campo. El nuevo ciudadano que ha emigrado a la ciudad abandonando la tierra, se encuentra forzosamente enfrentado a una realidad diferente, sin preparación técnica, sin adaptación psicológica, aparece como la víctima de esta mutación sociológica y de todo el nuevo diseño del tipo de vida provocado por las fluctuaciones económicas. En Quebec, cuatro novelas² van a reflejar a principios del siglo XX este cambio, y hablan de la ciudad y de sus habitantes, siendo la antesala de una literatura que se autodefinirá como quebequense, es decir, escrita para un destinatario canadiense francófono, pero no francés, con temas, problemas, personajes y una forma de hablar propios de Quebec. Las características principales de estas novelas son su realismo y su “tendencia a describir, a presentar al personaje en función del medio físico, histórico y, sobre todo, social” (Bessette et al, 1968, 424). Se trata de un testimonio fruto de la observación, con una descripción minuciosa y realista del entorno social:

Como tenía que ser, nuestros primeros escritores, abriendo el ojo, cambiaban los caminos del optimismo abstracto por los de la lucidez y de repente pasaron a una desilusión que echaba la culpa al ronroneo de la buena conciencia. La alienación de un alma colectiva [...] Los novelistas, objetando un rechazo secular, se armaban de lucidez hacia ellos mismos y su medio. En el alba de este despertar, los novelistas Ringuet, Roy, Lemelin sometían nuestra realidad social a una mirada en la que la simple voluntad de observación se transformaba en un testimonio sin piedad. (Le Grand, 1962, 46)

Si anteriormente la novela era esencialmente rural, y defendía la colonización fuera de la ciudad, en la tierra, que adquiriría valores míticos, a partir de entonces la ciudad constituye el único referente positivo, el espacio donde se desarrolla la vida del individuo francocanadiense que ha emigrado también al espacio urbano. La gran revolución de la novela de esos años reside precisamente en la descripción realista que se efectúa de este nuevo mundo, de la vida en la ciudad. Cabe subrayar el realismo, la descripción de los personajes en función del medio físico, histórico o social. Es preciso resaltar igualmente la presencia de un narrador omnisciente y externo, que explica los comportamientos y las actitudes de los personajes, las relaciones que se establecen

² *Trente Arpents* de Ringuet, *Au pied de la pente douce* de Roger Lemelin, *Le Survenant* de Germaine Guèvremont y *Bonheur d'occasion* de Gabrielle Roy. Estas obras, publicadas entre 1944 y 1961, se conocen como « novelas de costumbres urbanas ».

entre ellos y con su entorno. Un observador que, a través de los actos de los protagonistas, toma conciencia de su posicionamiento para trasladársela al lector.

Además de la descripción de esas relaciones, de la profunda transformación socioeconómica, de los cambios provocados por el paso de una sociedad tradicional a una sociedad industrializada y los problemas que ello suscita, la novela urbana va a reflejar otro conflicto latente, el provocado por el dinero, ese nuevo valor emergente que sirve para definir el prestigio de un individuo, y que marca su privación o su alienación. El dinero, que el hombre franco-canadiense no tiene, pero desea, ocupa el puesto superior dentro de una escala de valores. El dólar constituye el símbolo del poder y el elemento que clasifica y diferencia. Un dólar que habla inglés.

Esta irrupción del dinero, que es el valor del otro, y su incidencia en el prestigio social, suscitará un cuestionamiento de la ideología tradicional, de la elite y del sistema educativo: la colectividad canadiense francófona, desfavorecida, vive de nuevo en un estado de dominación. Estas novelas destacan porque describen la relación en la ciudad de los grupos anglófono y francófono, constatando además la alienación socioeconómica de los francófonos y el dominio de los anglófonos, ese *otro* extranjero. Resultan evidentes los enfrentamientos maniqueos entre el grupo anglófono, el colectivo que domina, y el francófono e indígena que está alienado social y económicamente y vive en una especie de gueto.

Y dirás lo que quieras, le espetó con un tono desafiante, pero la vida en este país es como cualquier otra. Pero es otro país: no es el mismo país desde luego [...] el sábado por la noche, si te aburres con tu gente, en aquel otro país, pues bien, te afeitas, vienes a la ciudad y das una vuelta por la sociedad. Haces una visita a los del otro país... (Roy, 1966, 276)

¿Cuál es ese otro país del que se habla en varias ocasiones en *Bonheur d'occasion*? Se trata de Montreal, de esa ciudad dividida por la montaña en dos espacios cuya frontera es infranqueable, y ello en función de criterios a la vez geográficos, económicos, étnicos y lingüísticos. Podemos resumir así la situación, al oeste, en la montaña, los ricos, ingleses, dominadores, instalados en barrios de la aristocracia anglófona, en Westmount; al este, en la parte baja, una colectividad francófona, que vive alienada en barrios pobres. Sólo unos pocos privilegiados burgueses podrán salir al barrio elitista francófono de Outremont. “Una ciudad

dividida en dos, y en medio, la Montaña, con su gigante cruz mirando al Este para recordar a esa pobre gente que toda su esperanza está en el más allá”, escribe Roger Viau en su novela *Au milieu, la montagne* (1951, 64). El personaje canadiense francófono pertenece a una clase inferior, y si ocasionalmente prospera, nunca llegara a la cumbre de la escala económica. La novela de la ciudad ha roto con los valores de la tradición pero plantea de nuevo una relación de dominación de una etnia frente a otra. Como señalaba el sociólogo Marcel Rioux, “El Canadá francés se considera, es considerado y es en realidad una clase social étnica en el interior de Canadá; esta clase social étnica es claramente inferior con respecto al grupo inglés, e incluso desde el punto de vista de los inmigrantes.” (1962, 270)

Hasta lo que se denomina el periodo de la *revolución tranquila*, el universo canadiense francófono era conservador y mantenía la tradición heredada del colonizador, es decir, era agricultor y rural, católico y se expresaba en francés. Se identifica con ese mito de los orígenes, que era promesa de felicidad y prosperidad. Durante un siglo los novelistas estuvieron volcados en la conservación de aquellos valores tradicionales, aislados, en una especie de alienación cultural que puede ser considerada sin duda como la consecuencia de una situación colonial. Pero el paso de una sociedad tradicional a otra moderna generará un conflicto de valores y fidelidades, una crisis del patrimonio canadiense-francés. Este hecho provocará el repliegue de la sociedad sobre sí misma para mantener su autonomía y supervivencia, en el seno de un mundo en evolución. Y esto se refleja con nitidez en la literatura y en su evolución: la metamorfosis de la sociedad es también la de la novela. La literatura canadiense francesa se transforma finalmente en quebequense.

Aquí, abordamos el problema del “otro” en la metrópoli, o de “los otros” que hablan inglés, considerados como los poseedores, y en función de los cuales [...] queda perfectamente definido el problema nacional de los canadienses franceses. El hecho de que más de la mitad de los novelistas no pueden hablar de Montreal sin evocar el enfrentamiento de razas es profundamente significativo. (Sirois, 1968, 45)

La novela sirve para explicar la situación del hombre y mujer canadiense francófono en términos de colonialismo, con la interiorización de una ideología tradicional, la posterior crisis de valores, la presencia invasora del otro, su dominación socioeconómica. Se establece

paulatinamente un modo de contestación de estas formas sucesivas de alienación colectiva y un lazo estrecho entre literatura, lengua y nación. La literatura es la expresión de la vida individual y social, la fiel guardiana de la raza, de sus ritos y tradiciones y de la nacionalidad. El canadiense francés buscará, en la *revolución tranquila*, su nueva identidad, ni canadiense, ni francesa. Será quebequense.

Antes de la llegada al poder de los liberales, la provincia de Quebec había estado dirigida, por Maurice Duplessis que, implicado junto al clero en un proyecto tradicional, había mantenido al Quebec en una situación de subdesarrollo socioeconómico y cultural, impidiendo que la sociedad canadiense francesa se abriera a otras y nuevas corrientes de pensamiento modernas. Por ello esa época fue bautizada como un periodo negro, *la grande noirceur*. Pero el eslogan del partido liberal, encabezado por Jean Lesage, proclamará enseguida la necesidad de un cambio: *es hora de que esto cambie*. Se inicia así uno de los periodos más importantes de la historia reciente de Quebec, el de la *Revolución tranquila*. Se trata de la transformación radical que se produce en el seno de la sociedad, y que consiste en una amplia evolución ideológica y de costumbres, un movimiento de liberación, de modernización y afirmación de una identidad propia. Quedan atrás sentimientos de inferioridad y de colonización colectiva. La *Revolución tranquila* se desarrolla en tres niveles: promete un desarrollo económico y social de Quebec, frena la centralización de los poderes en Ottawa, da un papel internacional al Estado de Quebec. Representa la realización de una prolongada reflexión que se lleva haciendo desde primeros de siglo y que incide en todos los ámbitos de la vida. Al término de esa *revolución* Quebec se convierte en un Estado moderno.

Tras la *Revolución tranquila* se produce la transformación verdadera y real de la provincia de Quebec y determinará el nacimiento de un nacionalismo moderno “quebequense”. Hasta entonces la provincia vivía encerrada en una herencia tradicionalista, que rechazaba toda modernización y que continuaba sosteniendo la idea de una sociedad homogénea, religiosa y agrícola, basada en su cohesión social e ideológica. Sin embargo, la llegada de la industrialización había aportado nuevos modos de vida y diferentes planteamientos ideológicos. En el periodo de la *Revolución tranquila* Quebec vive un gran auge económico y social, y se rechazan radicalmente los antiguos valores conservadores. Se van a producir importantes

reformas y modernizaciones en todos los terrenos, en la economía, la política, la sociedad, la administración, la educación y la cultura. Y uno de los conceptos clave será la noción de Estado: se desarrolla y afianza paulatinamente un sentimiento nacionalista, que va a incidir en los distintos ámbitos de la vida, incluyendo, claro está, el arte. A partir de estos años ya no se habla del pueblo francocanadiense, sino *quebequense*.

La historia de Quebec se ha desarrollado entre dos polos, Europa y América, entre dos genealogías, la francesa y la británica, entre fobias y filias, entre resistencias e identificaciones. Entre el Nuevo Mundo y el Viejo, más allá de Canadá y Francia, se encuentra Quebec, un territorio homogéneo, un mosaico de razas y culturas que coexisten sobre todo gracias a una lengua común y a un imaginario plural.

BIBLIOGRAFÍA

- BESSETTE, Gérard, GESLIN, Lucien y PARENT, Charles (1968), *Histoire de la littérature canadienne-française par les textes*, Montréal, Centre éducatif et culturel inc.
- CÉSAIRE, Aimé (2006), *Discours sur le colonialisme. Présence Africaine, 1955*. Madrid, Akal.
- CRÉMAZIE, Octave (1976), *Œuvres, Prose*. P.U. Ottawa.
- FANON, Frantz (1970), *Les Damnés de la terre*. Paris, François Maspero.
- HÉMON, Louis (1990), *Maria Chapdelaine*, Montréal, Bibliothèque Québécoise.
- LE GRAND, Albert (1962), “Pour une littérature authentique”, *La Littérature par elle-même*, Montréal, A.G.E.U.M.
- MEMMI, Albert (1973), *Portrait du colonisé*. Precedido del *Portrait du colonisateur*, y de un prefacio de Jean-Paul Sartre, Paris, Payot.
- RIOUX, Marcel (1962), “Étude de la culture canadienne-française: aspects micro-sociologiques”, *Situation de la recherche au Canada français*, Québec, P.U. Laval.
- SIROIS, Antoine (1968), *Montréal dans le roman canadien*, Montréal, Paris, Bruxelles, Marcel Didier.
- ROY, Gabrielle (1966), *Bonheur d'occasion*. Montréal, Beauchemin.
- VIAU, Roger (1951), *Au milieu, la montagne*, Montréal, Beauchemin.